

Dónde está Arthur

Lexys Drummond



Image not found.

Capítulo 1

Dónde está Arthur

Inclinó su cabeza hasta las rodillas e hizo un surco envolviendo las piernas con sus manos totalmente heladas.

Lisa, su gata, le rodeó. Levantó la cola y la estrujó a su cuerpo, soltando un gemido de dolor como el de ella.

Carol experimentaba por minutos una gran tristeza y soledad. Arthur no volvería jamás.

Era una noche fría de invierno.

Un hombre, vestido de traje negro y gafas oscuras, miraba el periódico sentado en un banco. Se acercó rápidamente a una chica que venía a lo lejos, le dio un abrazo arrebatado y con sus dos manos envolvió el rostro húmedo de aquella mujer, mientras por varios minutos sus miradas se perdieron, buscando encontrarse en un único ser, un único destino.

Los dos enamorados se abrazaban en la puerta; caía una fina y delicada nieve que rosaba sus labios mientras se besaban de una forma loca y apresurada, perdiendo el aliento. Los árboles lucían blancos, totalmente copados de nieve y una gata se asomaba por la ventana de la habitación de Carol y miraba a lo lejos en espera de que alguien entrara.

Un solo paso en falso y Arthur hubiera sido considerado un traidor.

-Me escribirás?

-No sé si pueda llevar al cartero alguna correspondencia, pronto se darían cuenta o podrían seguirme, debo protegerte.

-Pero... te extraño tanto –Dijo Carol, a tiempo que una lágrima rodó por su mejilla-

-Yo te buscaré, nos volveremos a encontrar. Lo prometo.

El hombre desapareció.

Carol abrió la puerta de aquella casa sola y su única compañera peluda corrió a su encuentro, mientras prendió la estufa para hervir un poco de agua y colocar algunas hojas de té de menta para relajarse después de un día de trabajo intenso, ése al que se había entregado por completo para

olvidar todo lo que estaba sucediendo en su vida.

Como era costumbre en su tierra, Carol hizo un ritual antes de dormir que le había enseñado su abuela, era de las pocas cosas que recordaba vagamente porque aún era niña cuando se vio obligada a salir de su pueblo luego que su casa, junto a su madre, ardiera en llamas.

Tomó su peluche marrón, sopló el hocico de lo que parecía un oso, se lo llevó hasta el pecho, a la altura de su corazón, y le brindó de sus latidos para convertirlo en un ser vivo ofreciéndole un poco de su propia alma, que le cuidaría de noche.

Lisa maulló.

Rusia, 1917

Desde un cuarto oscuro algunas fotografías a blanco y negro colgaban con hilos de metal. Todas con una misma característica: son rostros de mujeres jóvenes de tez morena, ojos achinados y labios carnosos.

Eran centenares de fotografías, algunas colgaban en serie y otras, incluso, parecen tener varios años ahí como una colección de barajitas. Una mesa de madera hecha con listones alberga algunas pinturas de color rojo, plumas de pájaros, algunas velas rojas ya derretidas, pergaminos, dijes con emblemas y de diferentes figuras, junto a ciertos recortes de prensa de la época.

Una radioemisora se escucha a la lejos. En el noticiero, el locutor reseña los últimos acontecimientos y estadísticas de los tres últimos años de la I *Guerra Mundial* que se vive, mientras señala una lista de algunos nombres de personas que siguen desaparecidas y, en su mayoría, se trata de mujeres entre los 25 y 40 años, todas de la religión Malinitas, quienes se habían desplazado desde Europa hasta Rusia.

Un hombre de una altura impresionante y enormes ojos camina pensativo por aquel cuarto, toma un cigarrillo y lo lleva a su boca. Lo enciende.

A medida que pasan los minutos, el ambiente se torna más oscuro con el humo. Aquél hombre levanta sus pies y los coloca al extremo del mesón, mientras mira cada una de las fotos en las que han sido colocadas una **X** con tinta roja, como señal de una marca.

Solo una foto faltaba por colocar este símbolo.

Suena el teléfono.

-Código 302. Lo tenemos.

-Síganlo, no lo pierdan de vista. En pocos minutos llegaré hasta allá.

...

Varios hombres vestidos con camisetas blancas y pantalones al estilo militar entrenaban en un espacio abierto. Decenas de tanques, fusiles, bombas y demás implementos de guerra reposaban en aquel lugar.

Había solo montañas. Todas cubiertas de nieve; algunos carruajes transportaban los alimentos y la hidratación de la tropa para abastecer por largo tiempo su estadía, mientras cumplían con algunas operaciones secretas pedidas por el Estado.

Todos quedaron en fila haciendo caso inmediato al sonido de un silbato. Una voz de mando les ordenó que descansaran para la próxima misión, tenían que encontrarlo pero debía ser vivo porque no podía escapar sin dejar toda la información que había recopilado durante toda su carrera.

-A sus puestos y los quiero en media hora listos para seguir la búsqueda. *Ahora!* -gritó el comandante *Ralpve-*

Arthur Snovoki estaba desaparecido desde hace días, se le consideraba un desertor de aquel campamento compuesto por quienes debían emprender diferentes misiones. Todos tenían un objetivo en común desde hacía varios meses: encontrar a las mujeres Malinitas que se habían desplazado hasta Rusia y desaparecerlas a cualquier costa. Pero antes, debían traerlas hasta el "Cuarto del Castigo".

Las Malinitas se habían extinguido. Eran del pueblo Maliní al norte de Europa, y fue una tribu que mantenía una forma de vivir muy diferente al resto de la humanidad. Tenían poderes especiales y los usaban para la propia convivencia, la defensa de su tribu con el resto del mundo y para sanar.

Pero, la mayor parte de la población estuvo compuesta por mujeres, quienes pasaban de generación en generación estos poderes que habían desarrollado y al irse extinguiendo, muchas de ellas migraban de región en región evitando ser torturadas por considerarse hechiceras.

Si un soldado la encontraba, eran ultrajadas y quemadas.

A raíz de su mala fama, las regiones cercanas al sufrir algunas penurias, culpaban a estos habitantes pensando que estaban malditos y, en su ira, muchos pobladores se desplazaron hasta aquel lugar e incendiaron todo el

pueblo.

...

Eran uno sólo.

Carol sentía que su cuerpo ardía y ya no podía controlarlo. Sintió total escalofrío por un instante pero se dejó llevar por aquella emoción. Una mano cálida le envolvía y acariciaba; le hizo perder toda la noción del tiempo. Con los ojos cerrados, por un momento pensó que estaba soñando mientras se colaba todo el frío de invierno por la ventana.

Lisa corrió y abandonó aquella habitación para acojarse en la chimenea de la sala. Entretanto, un peluche marrón yacía descansando en el sillón de la habitación, como sentado observando aquel espectáculo propio de un cuento de hadas.

Sus piernas cuál compás realizando semicírculos, perdían fuerza una y otra vez pero no dejaban de moverse a un mismo ritmo acelerado y su cabeza se inclinaba con total descontrol hacia atrás... una, dos, tres, cincuenta veces. Gritó.

En la sala, se escuchó el maullido de la Gata que abrió sus ojos mientras sus pupilas se dilataron.

Todo fue real. Arthur acercó su rostro al de Carol, uniendo sus frentes, mientras la abrazaba y acariciaba su cabello negro azabache. Carol tomó el control de su propio cuerpo y retomó fuerzas. Soltó un suspiro...

-Cariño, en qué momento entraste? –preguntó-

-Sentía que me necesitabas, me enviaste una señal.

-Pues pensé que estaba soñando contigo y todo ha sido real.

Arthur tenía poco tiempo. Antes del amanecer debía salir de aquella casa porque sabía que lo estarían siguiendo mientras que la única persona que corría peligro era su amada. Carol formaba parte de los pocos sobrevivientes de aquella tragedia en la que perdieron la vida todos los Malinitas y era la última que faltaba por ejecutar.

Él debía hacerlo, tenía poco tiempo para cumplir con la misión encomendada.

...

El Ultimátum

Corrió desesperado hasta que dieron con él. Cuatro hombres lo golpearon hasta introducirlo en el carruaje para llevarlo al campamento.

Malherido, lo arrojaron en el Salón del Juicio.

Arthur perdió el conocimiento por un instante. Alguien le echó agua helada en su rostro para que pudiera despertar del letargo que le produjeron los golpes que había recibido. Mareado, miró las luces de la habitación que le molestaban cada vez que abría los ojos.

-No estamos aquí para perder el tiempo, debes traerla con nosotros así que no juegues con mi paciencia.

Dijo el comandante de toda la misión.

-Mañana la traeré si me libera.

...

Dolor Inevitable

El poco sol de las 9:00 de la mañana entraba por la ventana de aquella habitación. Arthur estaba libre nuevamente pero debía cumplir con su última palabra o era hombre muerto.

Sacó varias fotografías que guardaba en su maletín, todas de Carol. Las miró detenidamente mientras recordaba cada momento que habían vivido juntos sin que ésta supiera que su verdadera misión sería entregarla para que sufriera todas las torturas a las que debía ser sometida por estar "maldita".

Lloró desconsolado. Cómo podía perder a la mujer que tanto amaba, se preguntaba una y mil veces, sabiendo la forma en que ésta sería condenada y luego ejecutada sin ninguna piedad.

Un recuerdo hermoso se cruzó por su mente.

Era la primavera de 1917. Se sentó en una cafetería y una guapa mujer de piel canela, ojos expresivos y cabello negro le atendió.

Sólo té negro, por favor, pidió de entrada.

Nunca dejó de mirarla -es hermosa e inofensiva- se dijo a sí mismo.

Al levantarse y dejar la propina llamó de nuevo a aquella chica a quien le

dijo que volvería al día siguiente para ser atendido por ella misma.

Y así sucedió durante tres semanas, a la misma hora, en el mismo café y la misma bebida. Hasta el primer día que Carol aceptó su invitación a caminar.

En realidad Carol, por sus dones, desde el primer día sabía que el destino le uniría a aquel hombre, su cuerpo se estremecía con su sola presencia pero él jamás podía saber lo que ella era.

Arthur nunca entendió por qué le llevaría tanto tiempo entregarla.

La primera vez que se abrazaron fue algo mágico. Sus corazones juntos latían al mismo ritmo y con toda la fuerza de un volcán. Pero Carol estaba segura de no haber pedido ni haber hecho ninguna solicitud ni hechizo para que aquello ocurriera. Solo se dejó llevar.

Y ahora... una y otra vez, Carol tenía marcado un destino fatal del que no podía escaparse por más que quisiera.

...

La Captura

Sin explicar nada, Arthur tomó el carruaje nuevamente hasta la casa de Carol. El camino fue largo, pero debía hacerlo pronto o moriría.

Tocó el timbre y ésta al abrir la puerta lo abrazó y besó como loca.

Arthur la abrazó fuertemente de espaldas. Le acarició su cuerpo y con sus manos tomó primero sus caderas, su cintura y luego su cuello, la acarició por instante como cuando iniciaban sus encuentros desenfrenados. De repente... con total fuerza, le torció el cuello hasta desmayarla para poder llevarla consigo.

Lisa, desesperada, maulló sin cesar.

Arrastró el cuerpo tieso de Carol hasta el carruaje compuesto por cuatro hermosos caballos, mientras la nieve seguía cayendo sin parar. Arthur parecía otra persona, tenía los ojos hundidos y su mirada era fría y lejana.

No tenía otra salida.

...

París, Enero 1918

Una mujer de tez morena y labios prominentes viaja en un tren dormida. Abre los ojos y no recuerda mucho lo que ocurrió. Enloquecida y furiosa, le pregunta al guardia que la mira desde la puerta qué hace allí, quién la trajo hasta ese lugar. El hombre parece no entender el acento de aquella tripulante.

El tren ha llegado a su destino. Aquella mujer no tiene más remedio que bajar y el guardia le entrega una maleta con sus pertenencias, sus documentos de identidad y una gata en una jaula. Toma sus documentos y les echa un vistazo: Marie Dubois.

Sorprendida, camina sin destino preciso. Se sienta en un banco a mirar varios hombres que hacen un ruido espantoso en la remodelación de una torre gigante en aquella enorme ciudad.

Aturdida, comienza a recordar lo que ha pasado, llora desconsolada. Revisa entre sus pertenencias una carta cuyo texto dice:

Amada Mía

Jamás quise traicionarle y nunca podré herirla. No piense que he sido un cobarde y tampoco sienta que nunca la amé. Aquellas noches que pasamos juntos marcaron mi vida para siempre porque entendí que no era yo solo en este mundo y después de buscar tanto la había encontrado.

Mi mayor dolor será no poder verla jamás ni tener la esperanza de estar vivo, luego de esto, para reencontrarnos. Me queda de consuelo saber que vivirá lejos de todo lo que le esperaba.

No se preocupe por mí, quiero que sepa Usted, mi Amada, que las almas están destinadas a volverse encontrar una y otra vez.

Hágame el favor de ser feliz y libre.

Soy suyo.

Arthur.